

volvía á las fuerzas victoriosas; las autoridades de Beauclair felicitaban á Lucas por su abnegación; los comerciantes y la baja burguesía rodeaban á los obreros de la Crécherie y se ponían abiertamente de su parte. Lange tenía razón; hay horas trágicas en que las sociedades caducas, enloquecidas, se arrojan á la hoguera. Y bajo el cielo gris de aquella fábrica del Abismo, tan negra, tan triste, donde el salario había respirado agonizante, en las últimas horas del trabajo deshonrado y maldito, no quedaban más que algunas paredes ruinosas sosteniendo los esqueletos de los tejados, por encima de los cuales sólo se levantaban, inútiles y lamentables, las altas chimeneas y la torre de templar los cañones.

Aquella mañana, hacia las once, cuando el sol se había decidido á presentarse, límpido, pasó el señor Jerónimo en su cochecillo, que empujaba un criado. Daba su paseo habitual; acababa de seguir el camino de Combettes, á lo largo de la fábrica y del pueblo creciente de la Crécherie, tan animados, tan alegres, en aquel tiempo seco y de buen sol. Y ahora contemplaba el campo de la derrota, el Abismo asolado, destruido bajo la violencia justiciera de las llamas. Mucho tiempo estuvo mirando con sus ojos vacíos, claros, de una transparencia de agua de manantial. Ni una palabra, ni un gesto; miró simplemente y siguió, y nada decía si había visto y comprendido.

## LIBRO TERCERO

### I

En la Guerdache, el golpe fué terrible. De la noche á la mañana, aquella mansión de lujo y de placer que resonaba con fiestas continuas, caía en la ruina. Hubo que suspender una partida de caza, antes que renunciar á las grandes comidas de los martes. El numeroso personal iba á ser despedido en masa, se hablaba ya de la venta de los coches, de los caballos, de la jauría. En los jardines, en el parque, había cesado la vida bulliciosa, la afluencia sin fin de visitantes. La vasta mansión misma, los salones, el comedor, el billar, el fumadero, no eran más que desiertos donde vibraba el viento del desastre. Morada en que había caído el rayo, que agonizaba en la súbita soledad de la desgracia.

Y á través de esta infinita tristeza, Boisgelin paseaba su sombra lastimosa. Perdido el juicio, descompuesto, aniquilado, pasaba días espantosos, no sabiendo qué hacer de su cuerpo, vagando como alma en pena, entre las ruinas de sus placeres. No era en el fondo más que un pobre diablo, hombre de caballo y de círculo, mediocre, amable, de hermosa estampa, correcta altanería, el monóculo en un ojo; pero todo ello tenía que venir á tierra al primer soplo trágico



de la verdad y de la justicia. Hasta entonces, sólidamente instalado en el placer, convencido de que se le debía, sin haber hecho jamás nada con sus diez dedos, y creyéndose un sér aparte, elegido, privilegiado, nacido para que el trabajo de los demás le sustentase y divertiera, ¿cómo había de comprender la lógica catástrofe que le aplastaba? La religión de su egoísmo recibía un golpe demasiado fuerte, y estaba aturdido ante el porvenir, cuyas inquietudes ignoraba. En el fondo de su atolondramiento, lo principal era el terror del ocioso, del parásito, á quien trastorna la incapacidad de ganarse la vida. Pues Delaveau ya no existía, ¿de quién iba á exigir los beneficios prometidos el día que su primo le había decidido á colocar su capital en el buen negocio del Abismo? Había ardido la fábrica, el capital se había hundido bajo los escombros, ¿dónde encontraría con qué vivir mañana? Y andaba como un loco, por los jardines desiertos, por la casa lúgubre, sin encontrar la respuesta.

Primero, á raíz del drama, lo que asediaba á Boisgelin era el pensamiento del horroroso fin de Delaveau y de Fernanda. El no podía tener duda, pues se acordaba de lo furiosa que ella se había separado de él, amenazando á su marido. De seguro, después de alguna escena atroz, Delveau mismo había puesto fuego á la casa, para desaparecer con la culpable. Y en esto había para un hombre como Boisgelin, siempre esclavo del placer, una ferocidad negra, una violencia de monstruosas pasiones, cuyo espanto persistía, le amargaba la vida. Después acabó de angustiarle el comprender que él no tenía la cabeza firme y la energía necesarias para poner un poco de orden en un negocio tan complicado y tan comprometido. Día y noche daba vuelta á sus proyectos sin saber á qué atenerse. ¿Debía procurar volver á levantar la fábrica, buscar dinero, una sociedad, un ingeniero, con la esperanza de continuar la explotación? Parecía esto casi imposible de lograr, pues las pérdidas eran importantes. ¿Valdría más esperar un comprador que se contentara con los terrenos, con la maquinaria y el material salvados por su cuenta y riesgo? Pero dudaba que el tal comprador se presentara,

sobre todo no creía obtener de él un precio suficiente para liquidar la situación. Y el problema de la existencia seguía siempre sin resolver, en este gran dominio de la Guerdache, gravado con enormes gastos, de sostenimiento tan costoso, y donde, desde fin de mes, acaso no habría pan que comer.

Una sola criatura tuvo entonces compasión de este hombre miserable, que no hacía más que temblar, abandonado, vagando por su morada vacía como un niño perdido; y fué Susana, su esposa, la mujer de heroica dulzura, á quien tanto había ultrajado. Al principio, cuando él la imponía sus relaciones con Fernanda, veinte veces se había levantado ella por la mañana, resuelta á protestar para arrojar de la casa á la querida, á la intrusa; pero siempre había acabado por seguir en su ceguera voluntaria, segura de que, si echaba á Fernanda, su marido la seguiría, obcecado, obseso. Después, la situación anormal se había fijado, tenía ella su cuarto aparte, y sólo ante el mundo seguía siendo la mujer legítima, cubriendo así las apariencias, y consagrándose por completo á la educación de su hijo Pablo, que quería salvar del desastre. Sin este hermoso niño, rubio como ella, como ella amable, nunca se hubiera resignado. Era él la causa profunda de su renunciamento, de su sacrificio. Se lo había quitado al padre indigno, como una inteligencia, un corazón para ella sola, donde cultivaría la razón y la bondad para su consuelo. Y los años habían corrido de esta suerte, en la austera alegría de verle crecer, más juicioso y amable cada día; y había asistido Susana, sin tomar parte en él, de lejos, por decirlo así, al drama que se desenvolvía en la lenta ruina del Abismo, enfrente de la prosperidad progresiva de la Crèche, al contagio de la vida de placeres, cuya locura, en torno de ella, arrastraba su gente á la síma. En fin, la última demencia acababa de aniquilarlo todo en una suprema llamada de incendio; y también ella atribuía á Delaveau, advertido, la colosal hoguera en la que había querido arder con la culpable, la corruptora, la devoradora. También ella temblaba, preguntándose si no era en parte cómplice, por su debilidad, por su resignación, que había tolerado tanto tiempo la traición,



la vergüenza de su hogar. Si ella se hubiera rebelado desde el primer día, acaso el crimen no hubiera llegado hasta el fin. Y esta lucha de su conciencia acabó de alterarla haciéndola compadecer á aquel desgraciado que, desde la catástrofe, veía pasear como loco en su terrible confusión, por el jardín desierto y la casa vacía.

Una mañana, al atravesar Susana el gran salón donde había dado él tantas fiestas, le vió desplomado sobre una butaca llorando como un niño, con grandes sollozos. Sintió ella infinita lástima. Y se acercó, después de tantos años de no dirigirse la palabra en cuanto quedaban solos.

—Si te desesperas,—le dijo,—no encontrarás la fuerza que necesitas.

Inmutado al verla, al oír que le hablaba, la miraba confusamente, entre lágrimas.

—Sí, en vano será ese andar errante de todo el día; el valor debe estar en tí, no lo encontrarás en otra parte.

Con un ademán de angustia, respondió en voz muy baja:

—¡Estoy tan sólo!

No era malo; era necio y débil; uno de esos corazones cobardes de que hace verdugos el placer egoísta. Y se había quejado de la soledad en que ella le dejaba, en su desgracia, con aire tan abatido, que la hizo conmovirse.

—Querrás decir que has querido estar sólo. ¿Por qué, después de aquellas cosas terribles no has venido á mí?

—¡Dios mío!—murmuró él—¿es el perdón?

Y le cogió las manos que ella le abandonó; y confesó su culpa, anonadado, aturdido, lleno de arrepentimiento. Nada confesaba que no supiese ella; su prolongada traición, la querida metida en el hogar doméstico, la mujer que le había vuelto loco, hasta la ruina; pero tal arrebató de franqueza había en su acusación, que Susana, compadecida, vió en ella como una confesión nueva, cuya humillación hubiera podido evitarse. Acabó diciendo:

—Es verdad; te he ultrajado mucho tiempo; he sido abominable... ¿Por qué me habías abandonado,

por qué no hiciste nada para volverme á tí? Tocaba al doloroso caso de conciencia, al sordo remordimiento que ella sentía por no haber cumplido bien, acaso, con todo su deber, no deteniéndole en su caída. Y la reconciliación, que la compasión había comenzado, la completó aquel sentimiento de fraternal indulgencia. Los más puros, los más heroicos, ¿no tienen muchas veces algo de culpa, cuando los malos y los débiles sucumben junto á ellos?

—Sí—dijo Susana;—hubiera debido luchar más; he atendido demasiado á mi orgullo, á mi tranquilidad. Los dos necesitamos olvido; todo ese pasado debe morir.

Pasaba Pablo por el jardín y le llamó. Era un mocetón de diez y ocho años, inteligente, fino, hecho por ella á su imagen, muy cariñoso, de mucho juicio, libre, sobre todo, de todos los prejuicios de casta, dispuesto á vivir con el trabajo de sus manos, si las circunstancias lo exigían. Su pasión era la tierra; pasaba días enteros en la granja, atento á las cuestiones del cultivo, al germinar de los sembrados, al crecer de las mieses. Al llamarle su madre, justamente, iba á ver un modelo nuevo de arado en casa de Feuillat.

—Ven, hijo mío; tu padre tiene un disgusto y deseo que le abrace.

Hijo y padre habían roto sus relaciones, como el marido y la mujer. Todo él para su madre, el hijo se había criado con un frío respeto al hombre que comprendía que la atormentaba. Así que Pablo, compadecido, con gran emoción, miró algunos segundos á sus padres, á quien veía tan conmovidos también. Comprendió, abrazó muy afectuosamente á su padre, y se arrojó al cuello de su madre para abrazarla y besarla con toda el alma. La familia volvía á aparecer. Hubo un minuto feliz en que se pudo creer que la buena inteligencia sería en adelante perfecta.

Al abrazarle también Susana, Boisgelin tuvo que contener una buena crisis de lágrimas.

—¡Bien! ¡bien! ya estamos unidos. ¡Ah, hijos míos, esto me da valor! ¡Estamos en una situación tan terrible! Necesitaremos entendernos, tomar una resolución.



Siguieron hablando; necesitaba el padre comunicar con su mujer, con su hijo, decírselo todo, después de haber padecido solo tanto con la angustia de su debilidad. Recordó á Susana que habían comprado el Abismo en un millón y la Guerdache en quinientos mil francos, con los dos millones que les quedaban: el de la dote de ella y el salvado en la ruina de la fortuna de él. Los quinientos mil francos que quedaban de los dos millones puestos en manos de Delaveau, habían servido para la circulación de fondos de la fábrica. Todo su dinero, pues, estaba colocado allí; y lo peor era que, por los últimos apuros, había habido que tomar prestados seiscientos mil francos, deuda que era un gran peso para la explotación. Por muerta se podía dar la fábrica, que estaba quemada, y antes que poderla hacer renacer de sus cenizas, habría que pagar los seiscientos mil francos.

—¿Cuál va á ser tu resolución, entonces?—preguntó Susana.

Dudaba entre dos resoluciones, ambas difíciles. O desembarazarse de todo, vender lo que quedaba del Abismo á cualquier precio, que de fijo apenas bastaría para pagar la deuda, ó buscar nuevos fondos continuar una sociedad á la que él llevaría los terrenos y el material salvado, combinación que, por lo demás, juzgaba quimérica. Y la solución era cada día más urgente, pues la ruina se declaraba total y cierta.

Susana hizo una observación.

—Tenemos todavía la Guerdache; podemos venderla.

—¡Oh! ¡vender la Guerdache!—respondió él, como desolado.—¡Vender la posesión que es nuestro recreo, á que estamos habituados! ¡Y para ir á escondernos en algún rincón miserable! ¡Sería caer tan bajo, otro dolor tan terrible!

Quedóse ella seria, otra vez, viendo que aquel hombre no se acostumbraba á la idea de una existencia mediocre y juiciosa.

—Amigo mío, siempre vendremos á dar en eso. No podremos conservar en casa un tren tan costoso.

—Claro, claro, se venderá la Guerdache, pero más tarde, cuando se presente una ocasión. Si la pusieramos en venta ahora, no nos darían la mitad de lo

que vale, pues sería la confesión de nuestra ruina y todo el país se pondría de acuerdo contra nosotros para gozarse y especular.

Después se valió de un argumento más directo.

—Además, querida, la Guerdache es tuya. Como se ha hecho constar, quinientos mil francos de la compra se han tomado del millón de tu dote y los otros quinientos mil han entrado por la mitad en el millón que nos ha costado el Abismo. Si somos copropietarios de la fábrica, la Guerdache es sólo tuya, y mi deseo es simplemente conservártela mientras se pueda.

No queriendo insistir, Susana dió á entender con un ademán que hacía mucho tiempo que estaba resignada á todos los sacrificios. Su marido la miraba, y de pronto le hirió un recuerdo.

—¡Ah! dime, quería preguntarte... ¿Has vuelto á ver á tu antiguo amigo Lucas Froment?

Un instante permaneció ella preocupada. Después de la fundación de la Crèche y de la acentuada rivalidad entre ambas fábricas, no había entrado por poco en sus penas la necesaria ruptura con Lucas. Perdía en él un corazón fraternal, cariñoso, que la hubiera consolado, auxiliado, sostenido. Pero había sabido resignarse una vez más; sólo de tarde en tarde, por casualidad, en sus raras salidas le había encontrado, sin dirigirle jamás la palabra. Imitaba él su discreción, su apartamiento; parecía que su dulce intimidad antigua había muerto para siempre. No impedía esto que la joven siguiese con gran interés, sin hablar de ello á nadie, la empresa de Lucas. En secreto, seguía con él, con su esfuerzo generoso para traer un poco de amor y justicia á la tierra. Con él había sufrido, con él triunfado, y cuando se le creyó muerto, se encerró durante dos días sin ver á nadie. Y en el fondo de su dolor descubría una angustia intolerable, las relaciones con Josina, que fueron para ella cruel herida. ¿Había amado á Lucas sin saberlo? ¿Había soñado con la alegría, el orgullo de tener un esposo como él, que tan bien hubiera usado de la fortuna? ¡Cómo le hubiera ayudado: qué prodigios de paz y de bondad hubieran realizado juntos! Pero había soñado; era ahora el marido de Josina, y había



ella otra vez sentido hundirse todo en su abnegación de esposa sacrificada, de madre que vivía sólo para su hija. Lucas había dejado de existir para ella, y la pregunta que la hacían evocaba tales recuerdos, que no ocultó su gran sorpresa antes de responder.

—¿Cómo quieres que haya vuelto á ver al señor Froment? Bien sabes que hace cerca de diez años que hemos roto nuestras relaciones.

Boisgelin, tranquilamente, se encogió de hombros.

—¡Bah! Eso no quita que hubieras podido encontrarle y hablarle. ¡Os entendíais tan bien antiguamente! ¿De modo que no has conservado ninguna relación con él?

—No,—dijo ella con claridad.—Si siguiera viéndole lo sabrías.

Crecía su asombro, y la hería aquella insistencia, algo ofendida por tales preguntas. ¿A dónde iría á parar? ¿A qué venía aquel deseo de que hubiera conservado relaciones con Lucas? También ella sintió curiosidad.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Por nada; es una idea que acaba de ocurrírseme. Y volvió á ella y acabó por declararse.

—Verás... te decía que teníamos dos caminos: ó vender el Abismo ó crear una sociedad y pertenecer yo á ella. ¡Pues bueno! Hay un tercer medio, la combinación de los otros dos, y sería hacer que nos comprara el Abismo la Crécherie, reserv  ndonos la mejor parte de los beneficios... ¿Comprendes?

—No; no del todo.

—Pues es muy sencillo... Ese Lucas debe de tener mucha gana de adquirir nuestros terrenos. Pero nos ha hecho mucho daño, ¿no es eso? y es muy justo que le saquemos una crecida suma. Y nuestra salvación estaría seguramente en eso, sobre todo si teníamos, además, intereses en la casa, lo cual nos permitiría conservar la Guerdache, sin disminuir nuestros gastos.

Susana le o  a con mucha tristeza. ¡Ay, sí! Era el mismo de siempre; la terrible lección no le había corregido. Sólo soñaba con explotar    los demás, sacar provecho de la situación en que pudieran verse. Sobre todo, nunca tenía más que un fin: no hacer

nada, seguir siendo el ocioso, el parásito, el capitalista de siempre. En su lucha desesperada, después de la catástrofe, no había más que el terror, el odio al trabajo, la obsesión de preguntarse cómo podría seguir viviendo sin hacer nada. Ya no había lágrimas, y de repente volvía    aparecer el hombre que sólo sabía gozar.

Quiso ella saberlo todo.

—¿Pero qué tengo yo que ver con eso? ¿Por qué me preguntabas si había seguido tratando    Froment?

—¡Toma! Porque eso me hubiera facilitado las proposiciones que pienso hacerle. Ya comprendes que después de varios años de estar reñidos, no es fácil acercarse    un caballero para empezar    tratar una cuestión de intereses; y la cosa era mucho más sencilla, si hubiera seguido siendo tu amigo... T   misma, acaso, hubieras podido verle, hablarle...

Le detuvo ella con un brusco ademán.

—Jamás hubiera hablado    Froment en tales condiciones. Olvidas que le quería como hermano.

¡Aquel desgraciado llegaba    la bajeza de especular con el cariño que Lucas podía haber conservado, y quería valerse de ella para atraerle y vencerle mejor!

Debió de comprender que la hería al verla en seguida más pálida y más fría, como volviendo    separarse de él. Quiso borrar la mala impresión.

—Tienes razón; los negocios no son para las mujeres; tal comisión no es para t  . Pero, así y todo, me gusta mi idea, y cuanto más la maduro más veo en ella nuestra salvación. Voy    pensar mi plan de ataque; luego ya verá medio de relacionarme con el director de la Crécherie. Aunque tal vez sería más acertado dejarle    él dar el primer paso.

Se había reanimado con esta esperanza de engañar    otro y sacar de él sus goces, como siempre había hecho. La vida todavía era buena, si sabía pasarla con las manos blancas y ociosas. Se levant  , suspir   con desahogo, mir   por una de las ventanas el gran Parque, que parecía más grande en aquel día claro de invierno, y en el cual esperaba reanudar sus fiestas en llegando la primavera, y exclam  :



—Tontos seríamos desesperándonos. ¡La gente como nosotros, jamás llega á la miseria!

Susana, que seguía sentada, sintió crecer su horrible tristeza. Por un instante había esperado, cándida, corregir á tal hombre, y ya advertía que todas las tempestades y revoluciones podían pasar sobre él, sin que se enmendara, sin que comprendiese siquiera los nuevos tiempos. Tenía en la sangre la antigua explotación del hombre por el hombre; no podía vivir y gozar más que á costa de los demás. Siempre sería un niño grande y malo con que tendría que cargar más adelante. ¡Si llegaba á haber justicia! Ya no tuvo para él más que grande y amarga compasión.

Mientras hablaban, Pablo no se había movido, oyendo á sus padres con aire inteligente, suave y cariñoso. Por sus grandes ojos pensativos se veían pasar las mismas emociones de su madre. En constante comunicación con ella, también sufría, viendo al esposo y al padre indigno. Notando su turbación dolorosa, le preguntó ella:

—¿A dónde ibas, hijo mío?

—Iba á la granja. Feuillat debe de haber recibido el nuevo arado para las labores de invierno.

Boisgelin se echó á reír.

—¿Y eso te interesa?

—Ya lo creo, padre... En Combettes tienen arados de vapor que hacen surcos de muchos kilómetros, en sus campos, puestos en común, convertidos en un campo inmenso. Y es una cosa soberbia ver la tierra levantada y fecundada hasta las entrañas.

Se entusiasmaba con ardor juvenil. Su madre sonreía conmovida.

—Anda, anda, hijo mío; ve á ver el arado nuevo, y trabaja; así estarás más sano.

Notó Susana, los días siguientes, que su marido no se apresuraba á poner por obra su proyecto. Parecía bastarle haber encontrado la solución que, según él, debía salvarlos á todos, y volvía á su indolencia, incapaz de voluntad. Tenía ella, además, en la Guerdache, otro niño grande, cuya conducta empezó á alarmarla. El señor Jerónimo, el abuelo, que acababa de llegar á la avanzada edad de ochenta y ocho años,

á pesar de la parálisis, seguía viviendo á parte, mudo, sin más relaciones con el mundo que sus continuos paseos en el cochecillo. Solo Susana entraba en su cuarto del piso bajo, que daba al Parque. Treinta años hacía que le cuidaba. Tan bien conocía ya los ojos claros del viejo, sin fondo, como llenos de agua de manantial, que podía leer en ellos las menores sombras fugitivas. Y se habían turbado después de los últimos sucesos. Parecía que los había llenado de arena el viento. Muchos años monótonos se habían inclinado sobre ellos, sin ver allí nada, dudando que detrás hubiera un pensamiento. ¿Era que volvían las ideas? Si se turbaban, aquella fiebre que renacía, ¿indicaba un despertar posible en todo su sér? Acaso nunca le habían faltado la conciencia, el discurso; tal vez, por un milagro, se desataba el duro lazo físico de la parálisis, librándole en parte, al llegar el último momento, del silencio y de la inmovilidad. Seguía Susana con ansia y sorpresa aquel lento despertar.

Una tarde, el criado que conducía el coche del señor Jerónimo, se atrevió á detener á Susana, cuando ésta salía de la habitación del anciano, impresionada por la mirada viva con que la había acompañado hasta la puerta.

—Señora, me he prometido decir á usted... Me parece que el señor no es el mismo. Hoy ha hablado.

—¿Cómo que ha hablado?

—Sí; ayer mismo había creído oírle murmurar palabras á media voz, al detenernos un momento frente al Abismo. Pero hoy, al pasar delante de la Crèche-rie, ha hablado, estoy seguro.

—¿Y qué ha dicho?

—No lo he comprendido bien: creo que eran palabras sin enlace; no tenían sentido.

Aumentó desde entonces la vigilancia de Susana. El criado tenía orden de contar todo lo que hubiese observado durante el día. Así pudo ella seguir la fiebre creciente que parecía apoderarse del señor Jerónimo. Tenía afán de ver, de oír; exigía que se prolongasen los paseos, ávido de los espectáculos que se le iban presentando. Todos los días se hacía llevar ya al Abismo, ya á la Crèche-rie, sin cansarse de mirar,



durante horas enteras, las ruinas sombrías del uno, la alegre prosperidad de la otra. Ordenaba una marcha lenta, volvía muchas veces á los mismos sitios, y las palabras sueltas que murmuraba eran cada vez más distintas, aunque sin sentido. Susana hizo venir al doctor Novarre. Después de explicarle el caso, le dijo:

—Me causa esto terror, como si asistiera á una resurrección. Veo en esto una señal prodigiosa que anuncia extraordinarios sucesos.

Novarre sonrió. Cosas de mujer nerviosa. Pero quiso enterarse por sí mismo. Mal enfermo hacía el señor Jerónimo; había cerrado la puerta á los médicos como á todo el mundo, y no reclamaba su estado ningún tratamiento; el doctor no entraba á verle hacía años. Le esperó en el Parque, le saludó y le siguió por la carretera. Hasta se acercó á él, vió que sus ojos se animaban y oyó el balbucir confuso de sus labios. También se impresionó.

—Tiene usted razón, señora.—dijo á Susana;—el caso es muy singular. Es seguro que se trata de una crisis general que debe de venir de un profundo sacudimiento interior.

Ansiosa preguntó ella:

—¿Pero qué prevé usted, doctor, y qué podemos hacer?

—¡Oh! no podemos hacer nada, por desgracia. Y tampoco me atreveré á decir lo que tal estado puede traer detrás bien pronto... Sí diré, que aunque tales cosas son raras, hay ejemplos. Me acuerdo de haber examinado en el Asilo de Saint-Cron un anciano encerrado allí hacía cuarenta años sin que los guardianes se acordasen de haberlo oído nunca pronunciar una palabra. De repente pareció despertar, habló confusamente primero, después muy claro, en un flujo interminable de horas enteras de charla no interrumpida. Pero lo extraordinario era que el anciano tenido por idiota lo había visto, oído y comprendido todo durante los cuarenta años de aparente sueño, y lo que contaba de aquel modo en aquella ola de palabras era la narración sin fin de sus sensaciones, de sus recuerdos, almacenados desde su entrada en el Asilo.

Susana temblaba, procuraba ocultar la emoción terrible que le causaba el ejemplo.

—¿Y qué fué de ese desgraciado?

Novarre vaciló un segundo.

—Murió á los tres días. Debo confesárselo á usted, señora; tales crisis son casi siempre síntoma de un fin próximo. La eterna imagen de la lámpara que arroja el último resplandor antes de apagarse.

Callaron largo rato. Se había puesto ella muy pálida; pasaba el frío de la muerte. Mas no se trataba del fin próximo del triste abuelo; había otro temor, otra pena. ¿Lo había visto, oído, comprendido todo el abuelo, como el viejo de Saint-Cron? Y se atrevió á hacer una pregunta.

—Doctor, ¿cree usted que nuestro inválido querido ha perdido la inteligencia? Según usted, ¿comprende, piensa?

Se vió en Novarre el gesto vago del sabio que fuera de la certeza experimental no cree poder asegurar nada.

—¡Ah, señora! Me pregunta usted mucho. Todo es posible en este misterio del cerebro, donde todavía penetramos tan difícilmente. La inteligencia puede seguir intacta después de perderse la palabra, porque la causa de que no se piense no consiste en que no se hable... Sin embargo, hubiera diagnosticado que todas las facultades mentales del señor Jerónimo se habían debilitado. Le he crido en una infancia senil.

—Pero dice usted que es posible que haya conservado sus facultades intactas.

—Muy posible, y aun comienzo á sospecharlo; la prueba es el despertar de todo su sér, la palabra que parece volver poco á poco.

Después de esta conversación quedó en Susana una suerte de doloroso horror. No podía permanecer junto á su abuelo en su cuarto, asistir á su resurrección, sin un secreto espanto. Si lo había visto, comprendido todo, ¡qué drama tan terrible en aquel silencio! Treinta años de ser como testigo impasible del decaimiento de su raza; sus ojos claros habían visto la derrota de los suyos, la caída que el vértigo de la posesión aceleraba. Dos generaciones habían pasado para abrasar en el fuego devorador del goce la for-



tuna fundada por su padre y por él que creía tan sólida. Había visto á su hijo Miguel arruinarse por las mujeres, matarse de un tiro; á Laura, su hija, loca de misticismo en un convento, y al otro hijo, Felipe, casado con una ramera, muerto en duelo. Había visto á su nieto Gustavo lanzar á su padre al suicidio, robándole una querida y el dinero de sus vencimientos, mientras Andrés, el hijo de Felipe, iba á dar entre locos. Había visto á Boisgelin, el marido de su nieta Susana, confiar el Abismo á Delaveau, que después de una breve prosperidad acababa de reducirlo á ceniza en aquella horrible tragedia de la traición de Fernanda. Había visto el Abismo, su creación amada, la humilde fábrica de su padre tan engrandecida por los suyos, y que esperaba que fuese todo un pueblo para su raza, el imperio del hierro y del acero, declinar tan rápidamente, que á la segunda generación no quedaba piedra sobre piedra. Había visto á su raza, en fin, en la que tan lentamente, en una larga ascendencia de miserables obreros se había acumulado la fuerza creadora que había estallado en su padre y en él, estropeada en seguida, degenerada, destruída por el abuso de la riqueza. ¡Qué espantosa historia acumulada en el cráneo de aquel anciano de ochenta y ocho años, aquella serie de hechos terribles que resumían todo un siglo de esfuerzos iluminando el pasado, el presente, el porvenir de una familia! ¡Y qué terrible cosa que aquel cráneo en que parecía dormir tal historia despertara lentamente, y que la ola de la verdad rebosara si los labios, ya balbucientes, empezando á gritar palabras claras!

Este despertar terrible era lo que esperaba Susana con ansiedad creciente. Ella y su hijo eran los últimos de la raza. Pablo el único varón. La tía Laura acababa de morir en el convento de Carmelitas, donde había vivido cuarenta años; el primo Andrés había muerto loco. Así, cuando Pablo acompañaba á su madre junto al señor Jerónimo, éste le miraba mucho, con miradas largas, con ojos que iluminaba la inteligencia. Allí estaba el último y débil ramo de la encina de tronco poderoso que él había en otro tiempo esperado ver crecer y bifurcarse en ramas poderosas. El árbol familiar, ¿no traía la savia nue-

va, la salud y el vigor tomados á los rudos ascendientes trabajadores? ¿Su descendencia no iba á extenderse, dilatarse, conquistando todos los bienes y alegrías de la tierra? Y la savia ya estaba agotada en los nietos, la vida de riqueza, mal vivida, había consumido tanto vigor en menos de un siglo. ¡Qué amargura la del pobre abuelo, testigo supremo de tantas ruinas al no ver ante sí más que á Pablo suave, delicado, último regalo de la vida que parecía había querido dejar á los Qurignon este precioso retoño para volver á brotar y florecer en la nueva tierra! ¡Y qué penosa ironía que quedara él solo en la enorme Guerdache, mansión regia, comprada un día por el señor Jerónimo á tan alto precio con el anhelo y el orgullo de llegar á poblarla con sus numerosos descendientes! Veía los vastos departamentos ocupados por diez matrimonios, oía las risas del tropel de niños y niñas que crecía sin cesar; era el dominio familiar, feliz, lujoso, donde reinaría la dinastía cada vez más fecunda de los Qurignon. Después, he aquí todo lo contrario: el palacio cada vez más vacío; la embriaguez, la locura, la muerte habían pasado y destruído. La última corruptora había consumado la ruina de la casa; después de la última catástrofe se cerraban las dos terceras partes de los departamentos; todo el segundo piso quedaba abandonado al polvo; hasta los salones de recibir se habrían solo los sábados para el sol. La raza iba á acabar si Pablo no la levantaba. Pasó una semana; el criado ya pudo distinguir palabras en el confuso balbucear del señor Jerónimo. Después se formó una frase clara y vino á repetirla á la señora.

— ¡Oh! Trabajo me ha costado, señora, pero puedo asegurarle que el señor ha repetido esta mañana: «Hay que devolver, hay que devolver.»

Susana no lo creía. Aquello no significaba nada. ¿Hay que devolver qué?

— Escuche usted mejor, procure coger mejor las palabras.

Al día siguiente el criado dijo:

— Aseguro á la señora que el señor dice bien claro: «Hay que devolver, hay que devolver», y esto veinte,



treinta veces, en voz baja, continua, como si pusiera en ello toda la fuerza que le queda.

Susana resolvió velar ella misma al abuelo, para enterarse. Al día siguiente no pudo levantarse el anciano. Mientras el cerebro se despejaba, las piernas, y poco después todo el tronco, fueron invadidos como heridos ya de muerte. Asustada ella, hizo venir otra vez á Novarre, quien, impotente, la anunció con rodeos el fin próximo. Desde entonces ya no dejó Susana el cuarto. Era grande, con alfombra muy espesa y colgaduras muy pesadas. Rojo todo, de un lujo sólido y algo sombrío, con muebles de palisandro esculpido, un gran lecho de columnas, un espejo muy alto en que todo el Parque se reflejaba. Cuando las ventanas estaban abiertas, se distinguía más allá de las praderas, entre las cimas de los árboles seculares, un inmenso horizonte, el montón de los tejados de Beauclair primero, más allá de los árboles seculares, un inmenso horizonte, el montón de los tejados de Beauclair primero, más allá de los Montes Bleuses, la Crécherie con su horno alto y el Abismo, cuyas gigantescas chimeneas seguían en pie.

Una mañana Susana se había sentado junto al lecho, después de haber levantado las cortinas para que el sol de invierno entrase, cuando tuvo la emoción de oir hablar al señor Jerónimo. Hacía un momento que, vuelto el rostro hacia una ventana, miraba al lejano horizonte con sus grandes ojos claros. No dijo primero más que esto:

—El señor Lucas.

Susana, que había oído distintamente, quedó un momento sorprendida.   Por qué el señor Lucas? Nunca el señor Jerónimo había tenido trato con él, hasta debía ignorar su existencia,    no ser que hubiera, en efecto, tenido conciencia de todo, y esto Susana, hasta entonces, no hacía más que sospecharlo y temerlo. Pero aquella frase era una prueba.

—  Es el señor Lucas lo que usted dice, abuelo?

—S  , sí, el señor Lucas...

Cada vez lo decía más claro, con más energía, fijos en ella los ardientes ojos.

—  Y por qué me habla usted del señor Lucas?   Es que le conoce, tiene usted algo que decirme de él?

Entonces vacil   él, sin duda porque no encontraba las palabras; después volvió    repetir el nombre de Lucas con impaciencia infantil.

—En otro tiempo,—prosiguió élla,—era muy amigo mío, pero hace muchos años que no viene.

Movi   él la cabeza vivamente y como si su lengua se soltara poco    poco encontr   palabras.

—Lo s  , lo s  ... Quiero que venga.

—  Quiere usted que el señor Lucas venga    verle?   Desea usted hablarle, abuelo?

—S  , sí, eso es... Que venga en seguida, le hablar  .

Aumentaba la sorpresa y el temor de Susana.   Qu   podía querer decir    Lucas? Tantas hipótesis penosas veía en aquello, que por un instante quiso eludir aquel deseo, viendo en él sólo una delirante fantasía. Pero estaba él en su cabal razón; la suplicaba con ansia fervorosa, irresistible, agotando las últimas fuerzas. Muy turbada, viendo all   un caso de conciencia, se preguntaba si no sería culpable negando    un moribundo una entrevista de que podían salir las cosas amenazadoras y oscuras que la hacían temblar.

—  No puede usted hablarme    mí, abuelo?

—No, no, al señor Lucas.   Quiero hablarle al momento, al momento!

—Est   bien, abuelo; voy á escribirle y espero que vendrá.

Pero al escribir aquella carta    Lucas, su mano tembl  . Sólo fueron dos líneas: «Amigo mío: Le necesito, venga en seguida...» Por dos veces tuvo que detenerse, le faltaba fuerza para llegar al fin de aquellas pocas palabras; de tal modo despertaban en ella los recuerdos, toda su vida perdida, la felicidad á cuyo lado había pasado y que ya no conocería jamás. Eran apenas las diez de la mañana; un muchacho llevó la carta    la Crécherie.

Estaba Lucas delante de la Casa Comunal, terminando su inspección de la mañana, cuando le entregaron la carta, y sin tardar siguió al criado.   Pero qué emoción la suya también, qué enternecimiento de todo su corazón ante aquellas simples palabras: «Amigo mío: Le necesito, venga en seguida!...» D  ce